AURELIO GONZÁLEZ
Yo, el fotógrafo

A MANERA DE PRÓLOGO

El reportaje que hoy comenzamos a publicar es pasible de ser abordado al menos en dos dimensiones; ninguna excluyente de la otra, importantes ambas. Por la naturaleza de la narración, más que como un testimonio de la peripecia vital de Aurelio González; debido a la riqueza extraordinaria de ésta, puede ser leído, perfectamente, como si de una novela de aventuras se tratase.

De otro lado, en las sucesivas entregas que, semanalmente, recibirán nuestros lectores, se recoge la palabra de un testigo privilegiado de la historia del Uruguay. Cuya voz, constituida en narrativa personal, además de dar a conocer una perspectiva particularísima de hechos extremadamente importantes de nuestro pasado reciente, en la medida que rescata e ilumina, desde la memoria individual, una parte de la memoria colectiva, significa un aporte como instrumento cultural para la construcción de la identidad social de los uruguayos todos.

Luis Morales

CAPÍTULO I
Hace tiempo y allá lejos

NACÍ EN EL MEDITERRÁNEO

Yo nací en Marruecos, en Africa del Norte, que en aquel tiempo era un protectorado español. Mi padre era militar y pidió ser destinado allí para agrandar un poco el salario. El no era un militar de grado. En aquella época se le llamaba "militar por oficio", porque era herrero, y no tenía rango de ningún tipo. Entonces él trabajaba en el Cuerpo de Caballería herrando caballos y demás. Pero luego, como sabía leer y escribir, el veterinario lo tomó como su ayudante para la cura de los caballos y esas cosas. En aquel momento, él tenía ya una familia numerosa, porque fuimos diez. El hecho es que, una vez llegado a Marruecos, siguió procreando y los tres más chicos nacimos allí. Mis hermanos eran: Fernando, que es el más chico de todos; Miguel; luego tengo una hermana que se llama Luisa; después están Emilia, a la que siempre le dijimos Milucha y Manolo. Todos ya fallecidos. Además estaban mi hermana Maruja y mi hermana Carmen. A todos ellos yo los conocí. Pero había otros que habían fallecido de chiquitos, de enfermedades que hace noventa años mataban muchos niños, como la viruela o el sarampión. Yo soy el penúltimo de la familia.

MIS PADRES

Mi padre se llamaba Manuel González Conde y mi madre Emilia Salcedo Gentil. Ambos fallecieron. Mi padre falleció de muerte natural, por entonces tenía yo cinco años. Mi madre murió hace unos quince o veinte años. El recuerdo que me quedó de mi padre es una fotografía grande que siempre estuvo en el comedor de mi casa, en la que se lo veía vestido de militar, un hombre

con muy buena presencia; a lo que se suman los cuentos de mi madre acerca de él. Ese es el recuerdo que tengo de mi padre. Mi madre fue la que tuvo que bancarnos hasta que fuimos mayorcitos.

LOS DESASTRES DE LA GUERRA

Pasamos la Guerra Civil Española en Marruecos; y luego también la Segunda Guerra Mundial. No la sentimos como pudo sentirse en otros lugares, sino que muchas veces había apagones de luz, advertencias por aviones que venían por ahí y les tiraban. A veces pasaban aviones perseguidos o perdidos y sentíamos el silbido del obús: "¡Fffsssshhhhhh!". ¡Una cosas tremenda! Yo me asustaba terriblemente cuando apagaban las luces, porque decían que iba a haber bombardeos. Uno de chico se asusta mucho con eso, como es lógico. (¡Y de grande también!).

Pero, como decía, nací en una comunidad, pegada al Mediterráneo y al Estrecho de Gibraltar, llamada Uad - Lau; Uad en árabe quiere decir río, entonces ese lugar se llama: Río Lau. Pero me crié en otra localidad, un pueblo de la zona atlántica llamado Larache. Ahí, como todos los gurises del mundo, fui a la escuela. En aquel tiempo sólo había primaria y nada más. Luego había unos hermanos maristas que tenían la secundaria, pero era paga. Y nosotros quedamos sin padre desde muy niños. Además de que, con la guerra, la gente se empobreció mucho. Más allá de que algunos se hayan podido enriquecer con ella, a nosotros, como a casi todo el mundo, nos tocó empobrecernos. Pasamos los avatares y las miserias primero de una guerra y luego los de la otra. Pero aún así, las familias no se desprendían de sus hijos. Si había que pasarlo mal, lo pasábamos mal todos bajo el mismo techo.

ES QUE SOMOS MUY POBRES

Fue una situación muy difícil. En cierto momento, mis hermanas más grandes empezaron a coser para afuera, y por ahí siempre entraba algún dinero, muy poco. Y luego, al tiempo de la muerte de mi padre, mi madre empezó a recibir una pensión: un medio salario de lo que ganaba él. Pero en ese entonces éramos ocho hijos. No era sencillo. Como niño, muchas veces noté la escasez. Muchas veces no teníamos ni para ponernos un par de alpargatas, que eran nuestro calzado; y no podíamos ir a la escuela porque estábamos descalzos. Entonces nos quedábamos unos días en casa, hasta que había dinero para comprar unas alpargatas. Esos eran los problemas de una familia pobre en medio de una escasez terrible. A casi todas las familias les pasaba eso, no éramos nosotros una excepción al caso.

LOS RESTOS DE UNA BALLENA BLANCA

Hasta los 13 ó 14 años, no conocía la harina blanca, nunca la había visto. Hay que tener en cuenta que viví en medio de dos guerras. Pero la cuestión es que un día estábamos a la orilla del mar, y a lo lejos se veía un bulto blanco, que venía flotando lentamente hacia la costa. "¿Qué será?", nos preguntábamos nosotros. Nos parecía un pescado extraño. Algunos decían: "Es un pedazo de una ballena blanca". Aquélla era una playa de rocas, entonces, los niños que tendrían unos 10 u 11 años y los más muchachitos nos tiramos al mar y nos fuimos en busca de aquello que veíamos. Era una bolsa, toda blanca con unas letras y una bandera en la que se veían unas franjas rojas y blancas y unas estrellas sobre un rectángulo azul. Estaba llena de una cosa blanca. "¿Qué será?", nos preguntábamos. Se ve que esa bolsa se habría caído de algún barco, o habrían hundido algún mercante que la llevaba. Agarramos la bolsa y la fuimos empujando hacia la orilla, sin saber qué era aquello totalmente blanco que venía adentro. Cuando llegamos a las rocas, esperamos que viniese la ola, le dimos un envión y la pusimos arriba de una roca lisa que allí había. Entonces le preguntamos a uno que le decían El Americano, porque hablaba un poco el inglés: "¡Eh, Americano! ¿Qué es esto?". "¡Esto es harina blanca de trigo!", dijo él. "¡Cómo va a ser harina, si la harina es negra!", pensábamos nosotros. Era tal la escasez, que durante muchos años vivimos con libreta de racionamiento. En casa, el aceite lo comprábamos de a cuarto litro, y el pan que te correspondía era un pancito negro para cada integrante de la familia, por día; y los huevos lo mismo, uno para cada uno, cuando llegaban. Y la harina blanca llegó recién muchos años después. Fueron años difíciles. Pero, al fin, pasaron aquellos tiempos y la vida se fue arreglando. Visto a la distancia, no fue tan bravo como parece cuando uno lo cuenta.

LA DISCIPLINA MILITAR NO ME IBA

Aunque nacido en Marruecos, yo soy español para todas las cosas. Y, como cualquier hijo de españoles, tuve que hacer el servicio militar. De jovencito, de 17 años, entré en la marina. Mi madre, con muy buen criterio, me dijo: "Ya que tienes edad, es bueno que vayas a la marina como voluntario". Así se sacaba una boca de arriba, lo cual era importante para una familia que vivía en medio de tanta escasez. Pero al año de estar en la marina, renuncié. Porque yo notaba, aunque me costaba visualizarlo, que aquél era un régimen que a mí no me iba. Recordemos que en aquel tiempo estaba la dictadura de (Francisco) Franco en España; y lo militar muchas veces eran las bofetadas, los golpes y la comida escasa. Además, aunque no se podía hablar, y sólo lo hacíamos dentro de la casa, en mi familia ninguno era franquista. Estábamos contra el sistema. Entonces yo me dije: "No me quedo". Mi renuncia al servicio militar la hice como protesta contra el sistema, muy rudimentario todo, pero era así.

PROFESIÓN: CHANGAS

Cuando salí de la marina, me fui para Tánger, una ciudad que queda en el Estrecho de Gibraltar mismo, y era zona internacional. Entonces mi familia estaba en Larache y yo en Tánger. Allí hice de todo un poco. Más bien trabajé en la zona del puerto, donde, con otro compañero, hacíamos changas: reparábamos pequeños yates que venían de Gibraltar, los limpiábamos y pintábamos. Todas esas cosas eran trabajos informales. Porque nosotros estábamos buscando la oportunidad de embarcarnos en algún mercante. No obstante, en Tánger no había movimiento de barcos de gran tonelaje. Pero nos dijeron que en Casablanca, en el Marruecos francés, sí había posibilidades de embarcarse, porque ahí sí atracaban navíos con falta de tripulación. Así que decidimos irnos para allá.

INDOCUMENTADO

El pasar la frontera fue todo un tema. Nosotros, que no teníamos documentos, la atravesamos clandestinamente. Nos tomamos el tren para Casablanca y, al llegar al lado Francés, vino la policía de migración y nosotros nos tiramos fuera del tren. Cuando, después que los policías revisaran a los demás pasajeros, el ferrocarril volvió a arrancar, nos subimos en la escalerilla y viajamos al aire libre. Luego, cuando llegamos a un pequeño pueblo que ni supimos cómo se llamaba, nos tuvimos que bajar de nuevo, anduvimos caminando un trecho por la vía en busca de Casablanca y, finalmente, esa noche dormimos en una granja. Al otro día, tomamos otra vez el tren de contrabando y por fin llegamos a Casablanca. Nos encontramos una ciudad grande y con un idioma distinto. Porque allí se hablaba el árabe y el francés, y si bien mi compañero hablaba muy bien el árabe, yo sólo lo champurreaba. Así fue que comenzamos a buscar la manera de empezar

a trabajar en el puerto para podernos embarcar.

CASABLANCA

Como no era fácil entrar al puerto, nos mandaron a una dependencia policial, para que nos dieran una autorización para pasar. Nosotros nos dijimos: "¡Sin documentos ir a una dependencia policial...!", y nos fuimos. Al ratito apareció un policía que venía siguiéndonos en bicicleta y nos pidió la documentación. Al no tenerla, quedamos detenidos. Esta situación se prolongó por tres meses. Estuvimos en la cárcel de Casablanca. Yo tenía dieciocho años y mi compañero también. Más o menos a los quince días de estar en prisión, pidieron gente para ir a trabajar a un lugar en el cual se hacían casas para la policía y el ejército. Eso era voluntario, iba el que quería. Nosotros, por salir de esa cárcel tan estrecha y superpoblada (¡las cárceles siempre han estado superpobladas!), en la que en una celda para dos vivíamos seis; con lo cual la convivencia era imposible, pedimos para salir a trabajar. Nos llevaban de mañana y nos traían ya de tardecita. Pasábamos todo el tiempo al aire libre, lo cual es muy importante para quien está en prisión porque sufre la angustia de que, encerrado, nunca pasa el tiempo, y allí afuera el tiempo transcurría. Aunque el trabajo era relativamente duro, vivíamos al sol, disfrutándolo a pleno. En aquel tiempo, Francia estaba en guerra en Vietnam, que por entonces se llamaba Indochina. Entonces nos ofrecieron para entrar en la Legión Extranjera para ir a aquella guerra. Nosotros les dijimos: "No, ni hablar". Y ellos insistieron: "Pero ustedes, luego de cinco años, pueden tener la nacionalidad francesa". "No, no queremos", les respondimos; porque nosotros sabíamos que era una guerra colonial y de ninguna manera estábamos dispuestos a participar en ella. Entonces nos deportaron para el Marruecos español.

VOCES del FRENTE